

LOS MITOS RACIALES

ES una observación muy común aquella de que no todos los hombres son semejantes. En efecto, presentan éstos ciertas variaciones en su aspecto físico que se transmiten total o parcialmente de padres a hijos, y los grupos así formados con una relativa homogeneidad constituyen lo que vulgarmente se denominan "razas". Estas no sólo difieren entre sí, sino que se sitúan en niveles distintos, debido a que unas disponen de los recursos de una civilización avanzada, y otras, por el contrario, se hallan en un estado de mayor o menor atraso.

He ahí la base inicial de todo el proceso racista. De la superioridad real o aparente se pasa con facilidad a la idea de que los éxitos de un pueblo son debidos a sus cualidades inherentes. Las diferen-

Por Juan COMAS

cias somáticas individuales son las que han motivado el error que cometen ciertos partidos políticos, agrupaciones nacionalistas y sistemas sociales, al fomentar y exaltar el prejuicio de la superioridad racial de su respectivo grupo. De ahí que en la historia de la humanidad abunden tantos pueblos elegidos, orgullosos de sus supuestas virtudes y excelentes cualidades innatas, cada uno siguiendo un camino especial que le valdrá los favores del verdadero Dios.

El monogenismo ortodoxo cristiano le ha conducido naturalmente a ser antirracista por principio, aunque no se puede afirmar esto de todos los cristianos. Recuerdese que, según la tradición bíblica,

uno de los tres reyes magos era negro. El papa Pío XI condenó el racismo; y ya en 1938 el Vaticano consideraba los movimientos racistas como una apostasía contraria, en espíritu y en doctrina, a la fé cristiana.

Tampoco los mahometanos han manifestado nunca intransigencia ni intolerancia raciales hacia los otros pueblos, desde el instante en que éstos adoptaban sus creencias religiosas.

Frente a estos casos deben señalarse, sin embargo, otros que desde los más remotos tiempos revelan actitudes opuestas. Hace dos mil años, los griegos consideraban como bárbaros a quienes no pertenecían a su grupo. Y los persas, según Herodoto, se juzgaban superiores al resto de la humanidad.

Para justificar la aspiración de los grie-



...no hay raza que, guiada por la razón, no llegue a alcanzar la virtud...

SUMARIO: *Los mitos raciales*, por Juan Comas • *La feria de los días* • *Gabriel Marcel y el misterio ontológico*, por Augusto Lunel • *Un poema autógrafa* de Carlos Pellicer • *Mr. Miller*, (fragmento de novela) por José Luis González • *¿Pero hubo paz?*, por Xavier Tavera Alfaro • *Historia documental de mis libros*, por Alfonso Reyes • *El escritor y su tiempo*: Carlos Pellicer, por Mario Puga • *Mínimo homenaje*, por Tomás Segovia • *Artes Plásticas*, por J. J. Crespo de la Serna • *El cine*, por Carlos Valdés • *Las letras mexicanas en 1955*, por Ali Chumacero • *Libros*, por Eduardo Lizalde. *Pretextos*, de Andrés Henestrosa • *Baraja de libros extranjeros*, por Jaime García Terrés • *Dibujos* de Julio Vidrio • *Fotos*, de Ricardo Salazar y José Verde.

gos a la hegemonía universal, Aristóteles (384-322 a. de J. C.), admitía la idea de que ciertos pueblos nacen para ser libres y otros para ser esclavos. Esa tesis fué restablecida en el siglo XVI para legitimar la esclavitud de los negros e indios de América.

En cambio, Cicerón (103-43 a. de J. C.), sostenía una opinión contraria: Los hombres se diferencian por el saber; más, todos son iguales por sus aptitudes para conseguir ese saber; no hay raza que, guiada por la razón, no llegue a alcanzar la virtud.

Con el comienzo de la colonización en África y el descubrimiento de América, el prejuicio de raza y color se incrementó considerablemente, lo que se explica por razones de orden económico, por el resurgimiento del espíritu imperialista colonial y otros diversos factores.

Juan Ginés de Sepúlveda (1550), en un esfuerzo por justificar la institución de la esclavitud, apoyándose en la tesis aristotélica, hablaba de la inferioridad y la perversidad natural de los aborígenes americanos, afirmando que son seres irracionales y que los indios son tan diferentes de los españoles como la gente cruel lo es de la benigna, o como los monos lo son de los hombres. Naturalmente, fray Bartolomé de las Casas defendió la doctrina contraria, luchando incansablemente en favor de la idea de que todos los pueblos del mundo se hallan formados por hombres y no por homúnculos o semihombres predestinados a hacer lo que otros mandan.

La estratigrafía social en América Latina se basó inicialmente en la discriminación racial según este orden: criollos, mestizos, indios y negros. Teóricamente las leyes eran y son contrarias a tal discriminación, pero hasta ahora han permanecido sin cumplirse.

Con el antecedente de Montaigne (1533-1592) al decir, refiriéndose a los indios del Brasil, no hay nada de bárbaro ni de salvaje en esta nación, sino que cada uno denomina barbarie a lo que está fuera de sus costumbres, debemos señalar la actitud de algunos de los más ilustres pensadores de los siglos XVIII y XIX. Voltaire (1694-1778), J. J. Rousseau (1712-1778) y Buffon (1706-1788) fueron, entre otros muchos, partidarios decididos de la identidad fundamental de la naturaleza humana y, en consecuencia, de la igualdad entre todos los hombres. Por el contrario, D. Hume (1711-1776) afirmaba: "Estoy dispuesto a creer que los negros son inferiores por naturaleza a los blancos." Tampoco E. Renan (1832-1892), aceptó la supuesta igualdad humana. Y. H. A. Taine (1828-1893), combatió también esa hipótesis, negando que griegos, bárbaros, hindúes, el hombre del Renacimiento y el hombre del siglo XVIII procedieran de un mismo molde.

A pesar de la influencia de algunos pensadores, los prejuicios raciales se volvieron una verdadera doctrina en los siglos XVIII y XIX. El progreso alcanzado por las hilanderías mecánicas abrió a los productores de algodón mercados cada vez más vastos, y en consecuencia una necesidad creciente de mano de obra servil. Fué para defender esa famosa institución particular que filósofos y sociólogos del sur de los Estados Unidos dieron cuerpo a toda una mitología pseudocientífica, destinada a justificar tal estado de

cosas. Había necesidad de convencerse, para apaciguar la conciencia, de que el negro era un ser no solamente inferior al blanco, sino aun mal desasido de la animalidad.

Más tarde, los blancos acogieron con entusiasmo el darwinismo que, al proclamar la supervivencia del más apto, venía a afianzar y confirmar la política de expansión y de agresión en menoscabo de los pueblos inferiores; el hecho de que ciertos grupos humanos fueran reducidos a la esclavitud o cayeran bajo las balas de las ametralladoras y fusiles europeos, significaba simplemente el cumplimiento de la teoría de que un conjunto humano inferior está destinado a ser reemplazado por otro superior.

No es justo atribuir a Darwin —como muchos han hecho— la paternidad de esa teoría odiosa e inhumana. La verdad es

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, Villa Obregón, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: „ 1.50

Suscripción anual: „ 10.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUSKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

que la existencia de grupos compuestos de hombres de color, convertidos en competidores potenciales en los mercados de trabajo, y que reclamaban las ventajas sociales que los blancos habían considerado como su bien exclusivo, debía necesariamente conducir a estos últimos a disimular bajo algún pretexto el materialismo económico absoluto que les hacía rehusar a tales pueblos toda participación en la situación privilegiada de que ellos disfrutaban. Ese pretexto lo encontraron en parte en la tesis biológica darwiniana que acogieron con beneplácito; y, después de haberla simplificado, deformado y adaptado a sus intereses particulares, la transformaron en lo que se ha llamado el *darwinismo social*, con que pretendieron justificar sus privilegios socioeconómicos, pero que no tiene nada que ver con los principios estrictamente biológicos de Darwin.

De este modo los progresos de la biología se utilizaron malévolamente para suministrar explicaciones, en apariencia científicas y sencillas, destinadas a resolver las perplejidades anteriores relacionadas con la conducta humana.

Es evidente que la herencia somatopsíquica influye en el aspecto y en la conducta de los seres humanos; pero esto no autoriza a admitir y defender, como hacen los racistas: a) que la herencia biológica es el único factor importante; b) que se puede pasar fácilmente, después de hablar de las dotes heredadas por los individuos, a las dotes hereditarias de los grupos.

La idea de raza hállase tan cargada de elementos emotivos que la discusión objetiva de su significado frente a los problemas sociales resulta sumamente difícil. No existe ninguna base científica para establecer una clasificación general de las razas según su grado de superioridad o inferioridad, pero los prejuicios y mitos raciales permiten encontrar una víctima propiciatoria, cada vez que la seguridad y la cohesión del grupo se encuentran amenazadas.

Esta breve síntesis nos sirve de introducción al análisis más detallado de algunos de los mitos sobre los que se apoya la teoría racista.

1. *El mestizaje.*—En el hombre ha sido y es tema de múltiples controversias y está condicionado por la opinión que se tenga de las razas y sus diferencias. El concepto de raza supone la existencia de grupos que prestan ciertos caracteres somáticos similares que se transmiten según las leyes de la herencia, aunque dejando margen a la variación individual.

Los pueblos europeos se hallan tan mezclados que cualquier intento de clasificación aun tomando como base dos caracteres (color de ojos y pelo), excluiría los dos tercios de la población en cualquier región escogida para el estudio.

No existen pues razas humanas puras. A lo sumo, se podría hablar de raza pura aludiendo a un determinado carácter somático, pero nunca a todos o a la mayoría de los caracteres hereditarios. La mezcla de razas se ha realizado desde los comienzos de la vida del hombre sobre la tierra, incluso en la más remota prehistoria; aunque, evidentemente, las mejores comunicaciones y el aumento de la población han facilitado más el mestizaje en los últimos siglos.

(Pasa a la pág. 8).

LOS MITOS RACIALES

(Viene de la pág. 2)

La historia nos enseña que todas las regiones donde ha florecido una alta cultura han sido el escenario de la conquista de un pueblo indígena por otros grupos nómadas. Esas conquistas fueron seguidas por la creación de una nueva amalgama considerada como una nación racialmente homogénea, aunque en realidad se tratara de un nuevo pueblo integrado por razas diferentes.

Quienes consideran el mestizaje peligros para el futuro de la humanidad, afirman que es fuente de debilitamiento; que aminora la inmunidad contra ciertas enfermedades; que prostitutas y vagos son más frecuentes entre los tipos mestizos que entre los puros; que se observan en aquéllos la presencia creciente de la tuberculosis y otras enfermedades, así como una disminución del equilibrio mental y del vigor; y, finalmente, que el mestizaje hace aumentar la criminalidad. Otros muchos sostienen la tesis de que, como consecuencia de la hibridación con elementos extranjeros, la población norteamericana perdería el carácter armónico y estable que posee en la actualidad; y algunos han llegado a afirmar que tal desarmonía originaría toda suerte de males sociales e inmoralidades.

Un razonamiento que anula el valor de conclusiones como las que comentamos es el que presenta M. Lundborg al probar que el mestizaje es numéricamente más frecuente entre las clases sociales inferiores que entre la media y superior; por tanto, los efectos observados por Mjoen y Davenport se deben no ya a la supuesta correlación entre hibridismo y degeneración o debilidad, sino a la mezcla de individuos pertenecientes a los sectores más depauperados en los diferentes grupos humanos. Y esto ocurriría tanto con la endogamia como con la exogamia; es decir, que el mestizaje no juega aquí ningún papel. En realidad, las familias humanas en las que se ha practicado la endogamia de manera constante se caracterizan frecuentemente por un grado de degeneración igual o aun mayor al que se ha atribuido a los mestizos. La endogamia sirve, además, para descubrir las potencialidades hereditarias de un grupo, ya que entonces se manifiestan externamente las características hereditarias recesivas que permanecieron ocultas en tanto sólo la poseía uno de los progenitores. Si el carácter de que se trata es perjudicial, resulta lógico y necesario proceder a cruzamientos de tipo exogámico (mestizaje) que harán intervenir un factor hereditario dominante, capaz de anular el carácter recesivo perjudicial. La endogamia hace visibles o tangibles las anomalías y defectos de tipo recesivo que la exogamia tiende por el contrario a anular o, por lo menos, a contrarrestar.

Por eso no puede generalizarse diciendo que la endogamia o la exogamia son buenas o malas en cuanto a sus efectos sobre la descendencia, ya que todo depende, en cada caso, de las características genéticas de los individuos que vayan a cruzarse.

Ni los partidarios ni los adversarios del mestizaje han delimitado algunos cuestiones que creemos deberían abordarse:

a) efectos producidos por el cruzamiento no sólo entre grupos claramente superiores a la media, sino también de modo especial entre grupos francamente inferiores a la misma; b) forma que adoptan los obstáculos de orden ambiental contra los cuales tienen generalmente que luchar los mestizos.

Si la ley o la costumbre de un país relega los tipos mestizos al rango de grupo postergado (en el plano social, económico y político), es muy probable que sus contribuciones culturales estén por debajo de sus capacidades innatas. En un régimen rígido de castas, donde le fuera absolutamente imposible a un mestizo elevarse sobre el rango social inferior de uno de sus progenitores, es claro que no debería juzgarse la hibridación racial según el nivel alcanzado por los mestizos. En cambio, en un régimen en que el mérito individual sirva, sin cortapisas, de base a la categoría social, los éxitos de los mestizos serían una indicación muy clara de sus cualidades intrínsecas.

La idea de dividir a la humanidad en compartimientos raciales totalmente separados es arbitraria. Se basa en premisas erróneas, es especial en la teoría sanguínea de la herencia, que es tan falsa como la vieja teoría racista. La comunidad de sangre es una expresión sin sentido, ya que los genes o factores hereditarios no tienen la menor relación con la sangre, son independientes entre sí, no se mezclan, y aun se segregan.

Aun en la actualidad persiste ese mito de la sangre como criterio decisivo en cuanto al valor del mestizaje, y se sigue hablando de la sangre como del vehículo de la herencia. Así se dice: de "mi propia sangre", "sangre mezclada", "nueva sangre", "media sangre", etc. Los términos *sangre azul* y *sangre plebeya* han adquirido carta de naturaleza en el lenguaje corriente para designar los supuestos descendientes de familias aristocráticas y del pueblo, usándose esta última palabra en tono despectivo.

Las personas que siguen pensando así se encuentran imposibilitadas de comprender la naturaleza especial de los fenómenos hereditarios, y también de los fenómenos sociales en que la herencia toma parte.

Y es que muchos ignoran el hecho no sólo de que la sangre es totalmente ajena al proceso genético, sino que inclusive la madre no proporciona sangre al feto, sino que éste es quien desde un principio elabora la suya propia. Esto explica además por qué el hijo puede tener distinto grupo sanguíneo que la madre.

Todas las grandes razas son, incontestablemente, de origen híbrido. En el curso de los milenios que han transcurrido desde que el tronco humano común se subdividió, los cruzamientos se han sucedido sin cesar.

He aquí un ejemplo de mestizaje referente a las que llamamos naciones civilizadas: Inglaterra, desde los tiempos más primitivos, fué ocupada por grupos humanos de tipo Cro-Magnon, nórdicos, mediterráneos, alpinos, y, más tarde, la invadieron los sajones, noruegos, daneses y normandos. ¿Puede hablarse hoy de una raza inglesa pura? Inglaterra es, por

el contrario, un magnífico ejemplo de mosaico racial.

Todas las regiones poseedoras de una alta cultura han sido zonas donde ha tenido lugar la conquista de unos pueblos por otros. Los grupos humanos aislados no han intervenido —o lo han hecho en mínima proporción—, en el progreso cultural de la humanidad; por el contrario, las circunstancias que permiten a un grupo desempeñar papel importante en la civilización se ven favorecidas por el cruzamiento con otras razas. Diremos para resumir:

1. El mestizaje ha existido desde los albores de la humanidad.

2. El mestizaje fomenta una ampliación en el campo de variabilidad somática y psíquica, y permite la aparición de nuevas y numerosas combinaciones de factores genéticos que hacen más flexibles las cualidades hereditarias entre la nueva población.

3. Desde el punto de vista biológico, el mestizaje no es bueno ni malo y depende en todo caso de las características individuales de quienes sean sujetos de hibridación. Como en general el mestizaje se realiza más frecuentemente entre individuos de capas sociales inferiores, con una situación socioeconómica deficiente, es a ésta y no al mestizaje propiamente dicho a la que hay que atribuir las causas de ciertas anomalías que han podido observarse.

4. Son excepcionales los casos de grupos humanos aislados que hayan desarrollado, por su propia iniciativa, una alta cultura. Por el contrario, las regiones de gran civilización están habitadas por grupos humanos claramente mestizados.

2. *El mito negro.*—Nuestra civilización atribuye particularísima importancia al color de la piel. Una pigmentación más o menos oscura constituye para numerosos grupos humanos un signo distintivo que los condena al desprecio, al ostracismo y a una condición social miserable. Por infundado que sea el prejuicio del color no deja, sin embargo, de corresponder, en muchos países, a un conjunto de sentimientos y actitudes.

La explotación por los blancos de la agricultura y minería en las tierras descubiertas a partir del siglo XIV los condujo a practicar la esclavitud, especialmente de negros e indios americanos. Numerosos fueron quienes en el deseo de mantener la situación quisieron justificarla proclamando que el negro era inferior al blanco. Así, el Rev. Thomas Thompson publicó en 1772 su opúsculo *Cómo el comercio de esclavos negros en la costa de Africa se atiene a los principios de humanidad y a las leyes de la religión revelada*; en 1852 el Rev. Josiah Priest editó *A Bible Defence of Slavery*; y C. Carrol, en su obra *The Negro as a Beast or in the Image of God* (1900), consagra un capítulo a las pruebas bíblicas y "científicas" de que el negro no pertenece a la familia humana, afirmando que todas las investigaciones muestran la evidencia de su constitución propiamente simiesca.

Pese a la igualdad de derechos humanos proclamados en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América y en la enmienda 15ª de su Cons-



...los prejuicios raciales se volvieron doctrina...



...identidad fundamental de la naturaleza humana...

titución, que especifica que no podrán ser negados ni limitados los derechos de la persona, basándose en un motivo de raza, de color o de anterior condición de servidumbre; pese también a que iguales principios se establecen en las cartas constitucionales de la mayoría de los países y han sido reconocidos solemnemente en el artículo 2 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, suscrita por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, la realidad muestra que la discriminación social, económica y política en contra de los negros y en general de los hombres de color existe muy difundida en el mundo, basada principalmente en falsos conceptos raciales.

Lo que más humilla al hombre de color son las restricciones sociales y los insultos personales: la exclusión de viajeros negros en ciertos trenes y autobuses, el acondicionamiento de vehículos de tipo exclusivo, salas de espera *ad hoc*, escuelas especiales, restaurantes y hoteles prohibidos, etc., todas las cosas que resultan denigrantes y ridículas. En Africa del Sur, donde tan intenso es el prejuicio de color, se dió el caso en 1944 de varios funcionarios que perdieron su puesto por negarse a cumplir las instrucciones del gobierno para que en los documentos oficiales dirigidos a las personas de color usaran las mismas formas de cortesía que con los blancos.

Parece que quienes con más insistencia recuerdan y hacen prevalecer el criterio de discriminación hacia los negros son los blancos de condición modesta. Son ellos los primeros en temer la competencia negra en el terreno económico, y no disponiendo de otro argumento para justificar su orgullo ante ellos, recurren al color de la piel, dando así una desmesurada importancia a la pigmentación.

En tratados de apariencia científica se ha llegado a afirmar que las capacidades intelectuales de los mulatos son directamente proporcionales a la cantidad de sangre blanca que circula por sus venas; el éxito o el fracaso estarían en relación con ese porcentaje.

Pretende vincular al color de la piel ciertas características psicológicas y socia-

les no sólo es totalmente absurdo, sino que es una idea falsa que varía según las circunstancias del momento.

En cuanto a los caracteres somatopsíquicos del negro, supuestamente inferiores a los del blanco, hay quienes admiten, con Hankins, que el volumen cerebral del negro es más pequeño y de este hecho deducen que sus capacidades mentales son menores. Igualmente, K. L. Gordon (1933), refiriéndose a los negros de Kenia les atribuye una deficiencia cerebral congénita, también como resultado de su menor volumen craneal y diferencias de forma.

Más, es sobre todo en el campo psicológico donde con mayor insistencia se ha querido probar la superioridad del blanco frente al negro. Desde luego es cierto que bajo ningún aspecto (físico, intelectual o emotivo) son iguales el negro y el blanco; sin que por esto pueda afirmarse que tales diferencias implican superioridad de éste sobre aquél.

Los resultados de los estudios de Sergi sobre los negros y de Kappers sobre los chinos destruyen las gratuitas afirmaciones de que los grupos de color poseen un cerebro de menor volumen y de menor complicación estructural que el de los blancos.

Es cierto que el prognatismo, frecuente en los negros, es un signo físico de evolución menos avanzada; pero en cambio la carencia de vello corporal, el espesor de los labios, la contextura del cabello, etc., implican una etapa evolutiva superior en el negro que en el blanco. Puede decirse, con Ruth Benedict y H. V. Vallois, que ninguna raza tiene el monopolio de haber llegado a la etapa terminal de la evolución humana; ningún argumento permite afirmar que ciertos rasgos seleccionados hablen en favor de la raza blanca.

Bueno o malo, superior o inferior, son expresiones subjetivas, y por lo tanto carentes de un sentido invariable y universal. En cada caso debería especificarse, por ejemplo: la mayoría de negros es superior a la mayoría de blancos por su resistencia al paludismo, o la mayor parte

de los blancos es superior a la mayor parte de negros en su resistencia a la tuberculosis, etc.; y así se vería que las superioridades e inferioridades se combinan en cada grupo humano.

Al comparar los pueblos blancos y negros, en la actualidad, cualquiera estaría tentado a admitir la inferioridad de éstos, por el hecho de que su desarrollo económico, político y cultural es inferior al de aquéllos. Sin embargo, no se trata de una inferioridad racial *innata*, sino accidental y debida a las condiciones de explotación en que actualmente viven casi todos los negros por razón de la colonización y por una esclavitud de hecho, si no de derecho.

Muy frecuentemente, el negro se halla todavía en una semi-esclavitud económica, apresado en una red de restricciones unas veces legales y otras extra-legales. La pobreza, el desprecio y la enfermedad han hecho de él lo que es hoy.

La supuesta pereza del negro (y ello se puede generalizar al indio americano) es debida sobre todo a la carencia de estímulos. Como Burns lo ha notado justamente, la enorme producción de las colonias del Oeste africano, donde el negro es todavía propietario de algunas tierras, demuestra que no son perezosos por naturaleza. Según Booker T. Washington, el mayor daño que se hizo al negro con la esclavitud fué privarle del sentido de autonomía personal, método y espíritu de iniciativa.

Lo que la raza negra como tal, y lo que los negros individualmente, hayan podido aportar hasta hoy a los diversos campos de la civilización mundial no basta para prejuzgar lo que este grupo humano sea capaz de realizar en el futuro de acuerdo con sus aptitudes en un medio adecuado y en circunstancias sociales y económicas favorables. No hay que olvidar, entre otros antecedentes, que en el siglo XII la Universidad negra de Tumbuctú podía compararse ventajosamente con las universidades europeas de su tiempo. Igual cosa puede decirse del nivel general de la civilización en los tres grandes reinos negros de la época; y posiblemente el trabajo del hierro, uno de los adelantos más

importantes en la técnica actual, sea una creación negra.

3. *El mito Judío*.—El antisemitismo como actitud social y política adoptada por ciertos Estados y por amplios sectores de población en otros —actitud más o menos justificada por razones de índole religiosa y económica— es un viejo antagonismo cuyos antecedentes son remotos. Pero, en la actualidad, el antisemitismo ha recurrido al mito de la *raza judía* para tratar de justificar y de cubrir sus políticos y económicos con argumentos pseudocientíficos.

El hecho de que algunos judíos puedan identificarse a simple vista se debe menos a los rasgos físicos heredados que a las reacciones y disposiciones sentimentales y de otra índole que traducen ciertas expresiones del rostro, determinadas actitudes corporales, amaneramientos distintivos, tonos de voz y ciertas tendencias temperamentales y de carácter, cuyo origen hay que buscarlo en las costumbres judías y en el tratamiento inflingido a los judíos por los no-judíos.

El pueblo judío presenta variaciones y está desprovisto de unidad morfológica.

El pueblo judío, pese a la opinión corriente, es vario desde el punto de vista racial; sus constantes migraciones, sus relaciones —voluntarias o no— con las naciones y pueblos más diversos, le han sometido a tal mestizaje que en el llamado pueblo de Israel se encuentran rasgos de todos los demás pueblos. Basta comparar el judío de Rotterdam de cara colorada, sólido y pesado, con su correligionario de Salónica —por ejemplo— de ojos relucientes en un rostro enfermizo y cuerpo endeble y nervioso. En el estado actual de nuestros conocimientos podemos afirmar que los judíos presentan entre sí una variedad morfológica tan grande como la que pudieran presentar dos o más razas distintas.

Si desde un punto de vista científico se acepta fácilmente la demostración de la heterogeneidad del pueblo judío, y la no existencia de tal raza ¿cómo se explica el hecho de que a la primera ojeada sea posible reconocer en la actualidad

—y de manera casi infalible— cierto número de judíos? Se trata probablemente de los que han conservado alguno de los caracteres ancestrales: nariz aquilina, cutis claro, cabello y ojos negros. Mas, escapan a nuestro examen e identificación incontables judíos —acaso en mayor número que los anteriores— que pasan desapercibidos por haber tomado los caracteres del pueblo con el cual conviven.

Otra razón fundamental que explica este hecho es que los individuos que profesan la misma religión poseen una afinidad hecha de gestos, hábitos, indumentaria, etc., que permiten diferenciarlos. Y en los judíos, cuyos ritos y costumbres son muy dogmáticos, esa semejanza externa —producto de afinidades etnográficas, lingüísticas y religiosas—, es muy acentuada a pesar de la variedad de tipos morfológicos que componen dicho pueblo.

De este modo, la pretendida existencia de una raza judía carece de fundamento, y ninguna actitud antisemita puede apoyarse sobre este mito biológico.

4. *La raza aria o nórdica*.—El racismo no se satisfizo con decretar la superioridad del blanco sobre los grupos humanos de color, ni con ejercer la discriminación contra los judíos, ni con rechazar el mestizaje afirmando *a priori* que conduciría a la degeneración racial; sino que creyó además necesario establecer jerarquías biológicas y psíquicas dentro de la misma raza blanca, tratando de justificar así nuevas prerrogativas de conquista, dominio y explotación en beneficio de una casta aún más exclusiva.

Así surge el *arianismo* o *nordismo* como doctrina básica de superioridad racial. El error básico de esta doctrina en cualquiera de sus varias manifestaciones, está en una confusión de conceptos, muy generalizada pero a todas luces anticientífica: se habla indistintamente de *raza* como sinónimo de *idioma* y de *nación*.

La raza tiene un exclusivo sentido biológico. A pesar de ello es frecuente oír las expresiones “raza latina”, “raza eslava”, “raza germana” y, naturalmente, “raza aria”. Se cae así en el engaño de

considerar antropológicamente uniformes a grupos humanos que en realidad sólo son homogéneos en el aspecto lingüístico. F. M. Müller, uno de los primeros en utilizar el término raza aria (1861), reaccionó contra la interpretación biológica dada a su expresión y, reiterando el criterio lingüístico, declaró: “En mi opinión el etnólogo que hable de raza aria, de sangre aria, de ojos o cabellos arios, se hace culpable de un pecado tan grande como cometería el lingüista que hablara de un diccionario dolicocéfal o de una gramática braquicéfala.” Pero el concepto raza aria se había difundido tanto, que la valiente retractación de Müller no tuvo ninguna repercusión práctica.

Las investigaciones acerca de la forma craneal y demás características de los individuos o grupos considerados como auténticos arios, teutones, anglosajones y celtas, muestran una variación considerable, tanto en el curso de la historia como en el presente. Está demostrada la existencia en Europa, desde los periodos más antiguos, de cabezas redondas y cabezas alargadas. Los trabajos de Von Molder, Lissauer y Virchow (1870-1880) evidenciaron ya que las primitivas poblaciones del Báltico eran morfológicamente heterogéneas y que en ellas existía un gran porcentaje de braquicéfalos. En 1889, Virchow afirmó que el ario típico postulado por la teoría no ha sido nunca descubierto.

El racismo no surge, pues, de la ciencia, sino de la política.

Está en lo justo Ruth Benedict cuando dice: “Ninguna desfiguración de los hechos antropomórficos es demasiado para que la utilice la propaganda, si a ésta la respaldan la fuerza de las armas y los campos de concentración.”

El último medio siglo ha visto desarrollarse un nacionalismo exagerado que los horrores de la guerra y las inquietudes de la paz armada contribuyen grandemente a mantener. La eliminación, por convencimiento individual y colectivo, de los mitos raciales, puede con toda seguridad ejercer poderosa influencia en la comprensión y mejoramiento de las relaciones humanas.



... los pueblos europeos se hallan tan mezclados...



... no existen razas humanas puras...